

# La solidaridad y la cooperación en el proceso de integración europea: una visión desde la Historia

**Alfonso Pinilla García**

Profesor titular en Historia Contemporánea, Universidad de Extremadura. Miembro del Módulo Jean Monnet de Integración Europea EU-HOPE + de la UEx

El chorlito egipcio es un ave de escasas dimensiones que habita en los humedales africanos, cerca de pantanos y ríos. Está muy extendido, a pesar de que ha podido fotografiarse en situaciones aparentemente comprometedoras. La más conocida de esas situaciones consiste en que el pájaro se sitúa entre las fauces de un cocodrilo. Sin pausa, el ave picotea los restos de comida depositados entre los dientes del reptil, mientras este, con sumo cuidado, mantiene la boca abierta durante todo el proceso. El chorlito se alimenta y el cocodrilo evita infecciones buco-dentales. Asociación perfecta, beneficio mutuo, relación simbiótica. Así funcionan muchas relaciones en la naturaleza, aunque no todas, porque los seres vivos entablan contacto a partir del diálogo complejo, y fascinante, entre dos conceptos: necesidad y capacidad.

La autosuficiencia es una excepción en la naturaleza, los individuos necesitan su entorno para sobrevivir, por eso están “condenados a entenderse” con quienes les rodean. Ese entendimiento será más probable cuanto mayor sea la necesidad y más beneficio obtengan los individuos relacionados, pero será menos probable si uno de ellos puede satisfacer su necesidad a costa del otro sin que este pueda oponerse a la agresión. Dicho de otra manera: la cooperación entre individuos depende de la capacidad que cada uno tiene para satisfacer sus propias necesidades. Cuanto más incapaces somos, más necesitamos a los demás, pero si podemos aprovisionarnos de comida –por ejemplo– esquilmando pueblos vecinos sin temer la respuesta de estos, la vía no será el pacto, sino la conquista. Así funciona el género humano, y la Historia nos ofrece múltiples ejemplos.

Por tanto, son las capacidades de una sociedad –capacidad militar, económica, política– las que influyen crucialmente en la relación con sus vecinas a la hora de satisfacer perentorias necesidades (vestido, comida, techo). Si la capacidad es escasa opera la cooperación, si hay “empate de capacidades” –dos pueblos con gran potencia militar– suele darse una feroz competencia entre ellos que acaba en guerra y, por último, si un pueblo es mucho más potente que otro –más capaz en términos militares, por ejemplo–, el camino no será la cooperación ni la competencia, sino la conquista y el dominio del fuerte sobre el débil. La depredación, en definitiva.

Este artículo no profundizará en los casos de depredación y competencia dados en la Historia, pues nos interesa fijar la vista en la cooperación para establecer tres clases: el parasitismo, el comensalismo y el mutualismo. El parásito obtiene beneficio de su huésped a costa de este, al que provoca serios daños que pueden comprometer su propia vida. He aquí la contradicción de este tipo de relaciones: el parásito vive matando al huésped del que depende. Por su parte, el comensalismo implica una relación donde uno se beneficia sin perjudicar al otro. Así ocurre cuando el ave anida en la copa del árbol: a este no le supone daño alguno, mientras aquella consigue un hogar para su prole. Si el parasitismo crea dependencia, el comensalismo es pura independencia, pues las dos especies pueden beneficiarse sin quedar comprometidas. Por último, la cooperación que más nos interesa aquí es el mutualismo, que supone un beneficio mutuo para quienes lo practican. Es el caso del cernícalo egipcio y el cocodrilo, tan distintos y tan distantes, pero interdependientes porque el beneficio de uno supone, también, la ganancia para el otro.

Aunque dentro de la Unión Europea puedan darse actitudes parasitarias, su fundación y evolución están basadas en la apuesta por la cooperación mutualista. La Unión es una asociación de países con relaciones simbióticas que cooperan entre sí y, en algunas materias, se integran para compartir soberanía (sobre la moneda, por ejemplo). Los Estados que forman parte de la Unión son interdependientes, entre otras razones porque su total independencia disminuiría, gravemente, sus capacidades en un mundo cada vez más interconectado. Solo un dato, demoledor: los 27 países que forman parte de la Unión suponen el 5,7% de la población mundial y en torno al 5% de la superficie del planeta<sup>1</sup>. La UE es muy pequeña con respecto a otras grandes potencias como China o Estados Unidos, pero los países que la forman serían “insignificantes” frente a esas grandes potencias si no estuvieran integrados en las instituciones comunitarias. Juntos somos una minoría, separados seríamos tremendamente vulnerables.

Eso sí, la Unión Europea es una potencia en cuanto al gasto social se refiere, porque el 50% del gasto social producido en el planeta está dedicado a ese 5,7% de la población que forma la UE. Somos pocos, pero muy ricos si nos comparamos con nuestro entorno –África, Asia– y con lo que ocurre al otro lado del

1 <https://datosmacro.expansion.com/paises/grupos/union-europea>. Consultado el 15 de junio de 2021.

Atlántico. Nuestra excepción se llama Estado del Bienestar, aún en pie a pesar de las dificultades por las que atraviesa. Y ese Estado del Bienestar es una forma de mutualismo, de cooperación mutualista para ser más exactos, que se puso en práctica para superar el crack de 1929. Fue Estados Unidos quien primero ensayó esta fórmula, siguiendo las teorías del británico John Maynard Keynes.

El crack bursátil de 1929 fue la manifestación de una crisis provocada por el subconsumo. La industria generaba una producción masiva que, sin embargo, no se absorbía masivamente, así que, como afirmaba Keynes, el Estado debía “producir consumidores”. El Estado intervendrá en la economía para reducir gastos del consumidor –gastos en educación, en sanidad– y procurarle un nivel adquisitivo lo suficientemente alto como para absorber la producción generada. No descartaba Keynes ayudar con dinero público al sector privado para que la producción no decayera y, así, el empleo pudiera crecer ininterrumpidamente. Si la producción era boyante, si el empleo crecía y el consumo también, ya tenía el Estado tres fuentes para aprovisionarse del capital necesario –vía impuestos– con el que financiar la sanidad, la educación, las pensiones o el subsidio del paro.

La fórmula funcionó, en Estados Unidos tras el crack del 29 y en Europa tras la Segunda Guerra Mundial, hasta que sucesivas crisis azotaron este edificio patrocinado, ideológicamente, por la socialdemocracia y la democracia cristiana. Esas tres crisis fueron la del petróleo, en 1973 –reeditada seis años más tarde con una nueva subida de los precios del crudo en 1979–, la gran crisis financiera del 2007, con origen en los Estados Unidos, y, por último, la crisis provocada por la pandemia del coronavirus que se desató a principios de 2020.

La subida de los precios del crudo como consecuencia de la decisión unilateral tomada por los países productores en 1973, como respuesta a occidente por la guerra del Yom Kippur, dio lugar al aumento de los costes productivos de las fábricas occidentales que, enseguida, comenzaron a despedir trabajadores para mantener su competitividad. El paro creció muy pronto en países –como Alemania occidental– que habían llegado casi al pleno empleo durante los años 60. Esta subida del desempleo implicó un descenso del capital disponible en la clase media, lo cual dio lugar a la caída del consumo. Las tres fuentes de las que se nutría el Estado para sufragar las políticas sociales empezaban a secarse: el sector productivo se hallaba en horas bajas por los altos costes de la energía, el trabajo se quebraba como consecuencia de los continuos despidos y el consumo disminuía, habida cuenta del reducido poder adquisitivo de las familias. Y mientras el Estado percibía menos, tenía que gastarse más en subsidios de paro, en sanidad, en educación y en pensiones (la esperanza media de vida había crecido considerablemente en los países desarrollados).

La balanza de pagos empezaba a ser deficitaria, el Estado del Bienestar hacía aguas y Estados Unidos empezó a prescindir de él en la década de los ochenta, al calor de las políticas liberales de Ronald Reagan. Estos desajustes se acrecentarán en 1979 y, sobre todo, a partir de 2007, cuando los flujos financieros se

detienen con la crisis provocada por las hipotecas “subprime” en Estados Unidos. La financiación del Estado será cada vez más cara mientras las fuentes “impositivas” –producción, trabajo, consumo– siguen sin recuperarse. Y, a todo ello, habrá que añadir el despilfarro de dinero público por parte de muchos gobiernos, así como los numerosos casos de corrupción que azotan a la clase política que gestiona los países donde aún rige este Estado del Bienestar. Tanto el despilfarro como la corrupción suponen la pérdida de un dinero público que no puede aprovecharse para asegurar los servicios sanitarios, educativos, las pensiones y las ayudas contra el paro.

La crisis sistémica provocada por la pandemia del coronavirus en 2020 ahonda, aún más, en este callejón de difícil salida en el que se ha introducido nuestro Estado del Bienestar. Durante el tercer trimestre de 2020, la deuda pública en la zona euro se situó en el 97,3% del PIB y en el 89,8% en el conjunto de la Unión Europea. Así pues, en plena pandemia, la Unión Europea casi debe toda la riqueza que produce. Los datos del déficit no son más halagüeños, aunque este indicador se ha ido reduciendo desde el alarmante 11,9% con respecto al PIB registrado en la zona euro entre abril y junio de 2020. En el tercer trimestre de 2020, la cifra se había reducido al 5,8%. Los guarismos son parejos si consideramos el conjunto de la UE, con un 11,6% de déficit entre abril y junio de 2020 y un 5,6% en el último trimestre de ese año<sup>2</sup>. Estos indicadores traducen, por una parte, el esfuerzo de la Unión por mantener las políticas sociales propias del Estado del Bienestar en un momento de grave crisis económica y, por otro lado, enciende todas las alarmas de un modelo en números rojos.

Si la situación es grave en el conjunto de la Unión, aún más grave es para España, cuyos indicadores de deuda y déficit están muy por encima de la media comunitaria. En diciembre de 2020, la deuda pública de España alcanzaba el 119,9% de su PIB y el déficit llegaba al 10,97% del PIB en esas mismas fechas<sup>3</sup>. El Estado del Bienestar en el conjunto de la Unión zozobra, pero en España el riesgo de naufragio es aún más grave.

Aunque es previsible un “rebote” de la economía a medida que vaya avanzando la vacunación y se regenere el tejido productivo y el consumo, lo cierto es que la grave situación que atravesamos recuerda mucho al fin de Roma, a partir de su dramático siglo III<sup>4</sup>. Salvando las distancias históricas, y reconociendo que estamos ante sociedades y situaciones distintas, deberíamos detenernos en sorprendentes semejanzas que saltan a la vista cuando comparamos aquel pasado con este presente.

2 Todos estos datos son publicados por Eurostat y fueron recogidos en: [https://cincodias.elpais.com/cincodias/2021/01/21/economia/1611226890\\_483825.html](https://cincodias.elpais.com/cincodias/2021/01/21/economia/1611226890_483825.html). Consultado el 15 de junio de 2021.

3 Ambas cifras en: <https://datosmacro.expansion.com/paises/espana>. Consultado el 15 de junio de 2021.

4 Un interesante análisis de la crisis por la que atravesó el imperio romano se encuentra en: Harper, Kyle. (2019). *El fatal destino de Roma. Cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio*. Barcelona, Crítica.

El imperio romano cayó cuando los desajustes incubados en su seno resultaron irreversibles. El abuso y la concentración del poder en pocas manos, la corrupción, el derroche desmedido de dinero público, la fragmentación política dentro del imperio, su falta de solidaridad entre ciudadanos y territorios condenaron a aquel fastuoso edificio político-institucional a su desaparición. Dinámicas centrífugas y disgregadoras vemos hoy en la Unión –auge de los nacionalismos, Brexit, múltiples casos de corrupción en la clase política gobernante de los distintos países– que recuerdan a los problemas de aquel viejo imperio. Pero no solo debe ponerse el foco en la clase gobernante, sino en la propia sociedad de los países más ricos, caracterizada por el hedonismo, el egoísmo, la irresponsabilidad (hemos visto muchos casos de irresponsable comportamiento durante la pandemia) y la ausencia de un sentido cívico y crítico contra los abusos del poder, aunque siempre hay excepciones y casuísticas diversas según atendamos a uno u otro país. Con todo, el contexto es sumamente complicado, y el occidente europeo hoy está sumido en una crisis provocada por razones biológicas –como, también, la crisis del siglo III romano estuvo marcada por la extensión de graves epidemias a lo largo y ancho de todo el imperio– que azotan gravemente a la economía y a la política, poniendo en peligro nuestra democracia. La Unión se resquebraja, la solidaridad también y el delicado Estado del Bienestar puesto en marcha a partir de la Segunda Guerra Mundial se encuentra ante dificultades financieras gravísimas que no podemos ignorar.

Sigamos, pues, aquella máxima de Cicerón ante tiempos recios: “hay que eliminar lo superfluo para no tener que prescindir de lo necesario”. Tarea de todos –sociedad civil, representantes políticos y gobernantes– será definir lo necesario y localizar lo superfluo, asumiendo que no se trata de gastar menos, sino de gastar mejor. Y, si es posible, gastar menos y mejor para mantener las políticas sociales que han caracterizado a la Unión Europea desde su fundación<sup>5</sup>. ■

---

5 Un repaso por los orígenes y evolución de la Unión Europea, como por sus políticas, instituciones, problemas y retos en: Pinilla García, Alfonso (coord.). (2020). *Europa, una historia con futuro. Evolución, instituciones y políticas de la Unión Europea*. Granada, Comares.